

en los más rudos ejercicios de la fuerza. Con la agilidad y el vigor que da el manejo constante del caballo; con la destreza y astucia de un consumado cazador y la paciencia tenaz de un aficionado á la pesca, preparó inconscientemente las cualidades indispensables para la prueba.

Méndez era de un temperamento apasionado. Es inútil decir que el exaltado amor por la libertad de su patria, correspondía á un odio reconcentrado hacia los enemigos de ella. Amaba, ya lo hemos dicho, hasta el sacrificio y aborrecía en proporción. No fué magnánimo, pero tampoco era posible. Fué víctima de los más bárbaros rigores. No mereció ni las consideraciones más elementales de humanidad. ¿Qué menos puede invocar un hombre que las del derecho natural? Pues bien, á Méndez no le alcanzaban ni esas. Le habían hecho sufrir en todo lo que tenía de más sensible: su hija, su madre, su esposa, su hacienda y hasta su cuerpo. Pusieron á precio sus cabezas, en condición igual á las de aquellos animales feroces que en ciertos parajes de la costa, pasea el cazador de rancho en rancho para exigir del propietario el premio consagrado á su exterminio. En parte su indignación se componía también de un sentimiento definido por esa inconformidad amarga contra la tiranía de lo pequeño que hace insoluble el infortunio de ser vencido. Méndez calculaba, medía la injusticia, comparando á la magnitud de todo lo perdido, el vil merecimiento de los conquistadores de su patria. "Estoy cierto—le decía en una carta al Coronel Ascención Gómez—que vamos á dar el golpe de gracia á los soldados sin honor ni carácter que á fuerza de faltar á las leyes de la caballería y de la guerra, han podido penetrar hasta nuestros hogares." Y este concepto deplorabile que por ser de Méndez pudiera atribuirse á la pasión y al despecho, era un motivo justificado de repugnancia como lo ha venido á confirmar la verdad histórica, hoy que la Francia misma, repuesta por la libertad en su grandeza genial, descubre en la abyección del Imperio el oprobioso origen de la "Débacle" de 1871. La injusticia enhiesta y sin cuartel, el extranjero hollando derechos santos de nacionalidad. Apenas si hay quien no sepa de una corporación sombría, la famosa "Acordada" compuesta de rufianes oficialmente organizados, para caer de improviso y en las altas horas de la noche, sobre pueblos y ranchos, asesiando liberales inermes. En estas condiciones Méndez era implacable; enemigo cogido, enemigo muerto. "Bien hecho—solía decir—que se ahorque á los bandidos; sangre y nada más que sangre debemos derramar."

En los triunfos de Méndez hay algo de ferocidad, porque apenas hay transición en los sucesos. Méndez abandona el lecho en que le tuvo postrado una herida mortal, y al día siguiente ya es el vencedor de aquellos que se la habían causado. En la convalecencia moral y material de un agraviado, apenas hay tiempo de ser bueno. Con alma y voz de ángel, su esposa intercedió por los vencidos. "Ten piedad de tus paisanos—le decía en una carta, después de la toma de Victoria.—Considéralos porque no todos están dotados de tu fuerza de voluntad para hacer frente al enemigo. Unos por ignorancia, otros por miedo, más bien que de castigo de compasión son dignos, y sobre todo, no olvides que son tus hermanos." A esta invocación al sentimiento, modelo de elocuencia epistolar, Méndez cedió hasta donde le fué posible en aquel conflicto de emociones que luchaban en su alma. "Vive segura—le contestó el héroe—de que me acordaré de tí, siempre que tenga que aplicar un castigo á un traidor, pero considera que á no ser porque hay miserables que han desconocido á sus hermanos, nunca el francés hubiera hollado el suelo de México, así es que ningún remordimiento me queda al hacer con ellos un ejemplar." Y sin embargo, era el mismo que dirigiéndose á los vencidos de Tula, les decía en una arenga. "Volved, amigos míos, al seno de la patria, yo os recibiré por ella con los brazos abiertos." A veces, después de un período de exaltación terrible, pasaba por una brusca transición de sentimientos á la bondad más delicada, para recomendar á su esposa que cuidara de su pequeña hija, agregando con ternura y original solicitud: "Dámele muchos besos y rieta con ella por mí."

Nada nos revela hasta aquí la índole sedentaria de aquel carácter en la íntima faz de su devoción hacia la vida doméstica. Pues bien, Méndez la hubiese preferido siempre. Toda la campaña se la llevó en fervientes votos de volver á la serena sombra del hogar. Aquel desorden constante de la guerra chocaba con la naturaleza metódica de su espíritu silenciosamente devorado por el recuerdo nostálgico de la quietud perdida. Y . . . "nunca se le cumplió!" nos dice su esposa, dejando á nuestra consideración, los martirios de que fuera víctima recién casado, joven todavía, y sin gozar en paz un sólo instante las suspiradas glorias de la familia y del amor.

He aquí un rasgo de carácter: Después de la rendición de Victoria recibió una mañana en nombre de un hacendado de las Villas del Norte, un exelente caballo de raza cruzada, para él escogido especialmente. El obsequio no podía ser más alhajador, pues como ya le

hemos dicho, gustaba mucho de los animales y de los buenos caballos en particular. Hizo del que había recibido calurosos elogios, mostrándose agradecido y satisfecho. Pero con el obsequio venía una recomendación expresiva, en favor de los presos de Linares. Con gran sorpresa de todos, ordenó la inmediata devolución de la preciosa bestia, escribiendo á la persona de quien procedía, estas palabras: "El caballo es magnífico, pero no puedo aceptarlo. Nadie puede obligarme con regalos para desviar la acción de la justicia."

Otra vez, presenciando el registro de equipajes y demás bultos que los franceses abandonaron en el campo después de la derrota de Tula, reconoció muchas de las alhajas y prendas de su familia, perdidas en el incendio de sus ranchos. Méndez guardó el secreto, temeroso de que pudiera interpretarse este reconocimiento de una manera desfavorable á su reputación.

En campaña, no era un jefe solamente, sino un verdadero amigo de sus subordinados. Vestía como ellos, y evitaba toda diferencia en los alimentos. Recomendó á su familia que no le mandase provisiones, porque no alcanzaban para sus compañeros. Estaba en el corazón de todos ellos, hasta la muerte.

La táctica de Méndez era el arrojo. En todas las acciones de que fué vencedor, hay

más personalidad que arte. Grado á grado le iba enardeciendo la calentura de la lucha. Cuando reflexionaba en la gratuita fortuna que le permitía vivir después de tantos paganos, decía con admiración: "Es que yo, tengo siete vidas como los gatos." El último período de su existencia es un delirio. El héroe asciende por una escala victoriosa arrebatado por olímpico vértigo, fuera de sí, ebrio de confianza en el destino, de triunfo en triunfo, hasta pisar el peldaño culminante en que la gloria fulmina su último rayo sobre la frente del adalid. (1)

GABRIEL GONZÁLEZ MIER.

México. 1894.

(1) Debemos hacer constar aquí en honor de la respetable viuda del ilustre General Méndez, Señora María de Jesús Moncayo, hoy residente en San Luis Potosí, el hecho plausible de ser ella quien con eficacia suma no proporcionó cuanto documento fué necesario y tuvo á su disposición, para formar la presente biografía. La veneración que la señora Moncayo conserva por su esposo, es digna del mayor elogio y se revela en cuanto dice acerca de él. Sus recuerdos personales, sus impresiones, transcritos en la correspondencia que nos ha dirigido con motivo de este trabajo biográfico, han inspirado al autor para perfilar con más acierto la personalidad del ilustre tamaulipeco.

Por iniciativa de la Señora Moncayo, y de su particular peculio, se puso una elegante lápida de mármol sobre el sepulcro del General Méndez, con la siguiente inscripción: "Gral. Pedro José Méndez—Benemérito de Tamaulipas—Murió por su patria en Tantoyuca, el 23 de Enero de 1866, á los 29 años de edad.—Su esposa le consagra este recuerdo."—Nota del Editor.

AGUSTINA RAMIREZ.

TIENE la República un Estado tan glorioso como desconocido: Sinaloa. Durante la Intervención francesa, él fué el guerrero incansable de Occidente. Envió al Centro, para la lucha nacional, su contingente de sangre, y, á pesar de aquella contribución de fuerzas guerreras, quedó vigoroso y altivo, y sostuvo triunfalmente el duelo á muerte á que le provocaron con igual furia los invictos soldados franceses y los salvajes asesinos lozadeños. Sus fronteras indefensas fueron rebasadas; pero la capital del Estado se conservó immaculada. Inútil fué el denuevo francés: clavó sus armas en el suelo que acababa de hollar, y, vencido, se rindió prisionero, haciendo así su entrada en la ciudad que ya creía su sierva. Sinaloa es un Estado sin fortuna en la Confederación; sus hazafias, por venir de muy lejos, no resuenan en el Centro; para sus glorias no hay una nota en el bronce clamoroso de la fama. Y sin embargo, él fué el que mandó á Querétaro al General á quien Maximiliano había de entregar su espada. Jalisco podrá reclamar esa gloria; pero si él tiene los derechos de padre, Sinaloa tiene los de maestro. Corona salió General de la cátedra sinaloense. Zacatecas mandó á aquella escuela de intepidez y patriotismo, á un hijo obscuro, mitad soldado y mitad poeta, y Sinaloa le devolvió á la República al Bayardo mexicano, caballero sin miedo y sin tacha, ejemplo de valor y dechado de nobleza. Rosales aprendió en Sinaloa á luchar por la patria en combates épicos; su musa bélica fué la inspiradora del extraño y profundo grito de victoria, que, como un himno, arrancó el triunfo de San Pedro al clarín nacional tesoro de acentos de ataque, pero que casi no había aprendido, por ingratiudes de la suerte, á tocar la diana de la epopeya. Pero el orgullo legítimo de Sinaloa no son los dos candillos de su ignorada lucha homérica. Casi todos los Estados podrían entrar en una competencia de héroes; más habría que preguntarle á la Historia universal si en su galería heroica, desde el génesis hasta hoy, ha encontrado parangón Agustina Ramírez de Rodríguez. La biografía de esa mujer sublime, es ella misma; sencillez y gloria, modestia y luz, pobreza y esplendor. Brotó la Ramirez de lo más hondo de la sociedad, como la perla del fondo de los mares. La guerra la extrajo y la ofreció al mundo como un consuelo para la humanidad entera, y como un desengaño para el desprecio y la duda que insultan á los infortunados porque de las alturas sociales los ven hacinados, confundidos y deformes. Su biografía es una lista luminosa de trece fechas fúnebres: la primera, 3 de Abril de 1859, hubiera sido escrita sobre la losa sepulcral de Severiano Rodríguez, si el marido de la heroína hubiera obtenido una lápida en cambio de la vida que le ofreció á la patria, y que le entregó cuando las fuerzas liberales, comandadas por Pesqueira, Plácido Vega y Coronado, atacaron y tomaron el puerto de Mazatlán. Cada una de las otras fechas corresponde á un hijo de la Ramirez. El ejemplo del padre fué respetado y seguido por los trece hijos. El último, Eusebio Rodríguez, no pudo morir como sus hermanos. Acaso la gloria, fatigada de probar á la madre, hiriéndola en el corazón erró el tiro de gracia. Los nombres de aquellos patriotas que cayeron en la fosa común, cavada por los franceses, fueron: Librado, Francisco, José María, Manuel, Victorio, Antonio, Apolonio, Juan, José, Juan Bautista, Jesús y Francisco (segundo.) La madre los seguía arrostrando con ellos las penalidades de la guerra; dijérase que desconfiaba de sus mismos hijos, y que obligada por su patriotismo sin igual, seguía á los republicanos para no permitir que á la hora de la muerte retrocedieran ó vacilaran los soldados que le había ofrendado á la buena causa.

Una vez, por quien sabe qué móvil no sentido hasta entonces por aquellos hijos obedientes, uno de ellos desertó, tal vez ignorando lo que su acción significaba. Y entonces la Ramirez sintió, con el agudo dolor de madre, el dolor inmenso y la infinita vergüenza de su patriotismo engañado. El ejército no podía distraerse en buscar y recoger desertores, y la Ramirez, llena el alma de amargura, abandonó el campamento para ir en pos del hijo prófugo. Lo aprehendió, y dando claras muestras de que no desmayaba su entereza, le condujo ante el general en jefe. A su presencia le habló al desertor y le dijo con imperturbable sin-

ceridad, sin arrogancia, no como quien está orgullosa de su obra sino como quien teme no poderla cumplir hasta el fin porque la conoce difícil, oscura y grande:

—Hijo, espero que no volverás á querer matar á tu madre.

Luego volviéndose al general en jefe, le miró con los ojos arrasados en llanto y le dijo:

Aquí lo tiene usted; no se volverá á desertar porque yo me moriría.

Y el hijo lavó la mancha, muriendo como su padre y sus hermanos en el campo de batalla. No tornó á volver la espalda; de frente recibió la herida con la cual pagó su desobediencia.

Extraño ejemplo el de aquella madre que iba siempre tras de un ejército desnudo y hambriento, y fugitivo hasta después de sus increíbles triunfos, para esperar el combate ó ir luego, dolorosa sin veneración, ni culto, ni respeto, á buscar por el purpurado campo el cadáver de alguno de sus hijos, para llorar un momento sobre él, y presentarlo a sus hermanos vivos para que aprendieran á morir.

La concepción de la patria tenía en el cerebro de la Ramirez vívidas fulguraciones auro- rales; su luz era tan intensa y tan nítida, que no permitía las nublacones tempestuosas que el amor materno levantaba de su corazón, para oscurecer y destruir aquella idea terrible y singular de patriotismo, martirio y filicidio.

Su patriotismo grandiosamente salvaje, era á la vez humilde y tímido: tímido cuando se encontraba frente á la bárbara resolución de aquella alma sublime llena de aspiraciones infables y de divinos éxtasis. El patriotismo, cruento pero hermoso deber que todo lo encuentra pequeño para su defensa y salvación, quedó abortado, quizá aterrizado de ser el móvil de aquel sacrificio que sobrepasó todo lo que por él había concebido el soberbio pensamiento humano.

Jamás se vió recompensada ni tuvo la esperanza del elogio ó del laurel; no la alentaba ni siquiera la conquista del agradecimiento público, pues carecía de la fé cuya falta es la infranqueable sima que aleja de nuestra fraternidad á los subyugados por la desdicha y la miseria.

Tuvo en un mismo instante dos deberes que cumplir. Los midió, y sin vacilar, transfigurada ya por su idea, resuelta, bella con la imponente belleza trágica, se impuso el deber más grande. La patria no quería madres sin hijos; el surco de la guerra estaba abierto y pedía carne de hombres, como único alimento eficaz para la libertad hambrienta.

Serena, majestuosa, con la confianza del que se acerca á Dios, fué la Ramirez cumplien-

do con su tremenda misión de sacrificadora y sepulturera de sus propios hijos. ¿Cómo no estalló su razón, si las madres la tienen tan frágil para el golpe que les asesta la muerte de un hijo? ¿Por qué milagro sin precedente ni reproducción, halló su alma claridad y vigor en la pérdida que agobia y enloquece á todas las madres?

Ella era amorosa con la sencillez del amor mismo; la instrucción no le prestaba aliño ninguno; la escuela, si le merecía importancia, no le debía visita; era la representante de la inopia, del andrajo. La huella de su pie descalzo se confundía con la del soldado raso; no gozaba privilegios ni distinciones, ni siquiera por ser mujer. Ella quería inmolarse y nadie le negaba ese derecho de los héroes; pero entonces nadie tenía tiempo de compadecerla ni de admirar su inmolación. Los que veían á aquella extraña mujer, llorando siempre sobre algún muerto, terminada la brega sangrienta, acaso la tomaban por una insana, y la compadecían ó la bafaban. Los que veían su tenacidad en seguir á un ejército perseguido como á una gavilla de salteadores, soportando el hambre y la mortal fatiga, sin manifestar nunca desesperación ni cansancio, tal vez la creían la loca del ejército y esperaban por momentos verla en desordenados ejercicios de baile popular, prorrumpiendo en voces de cerebro trastornado, lo esperaban para reír, porque es grato en campaña cualquier motivo para la carcajada y la cuchufleta. Pero ella era adusta. Tenía la seriedad de los desheredados; su gesto no era sonrisa, su porte no era risible, su resolución era formidable. ¡Soldadera que conquistaba, martirio á martirio, la gloria! Aun hay en Mazatlán quien la recuerda y se lastima de su memoria, lastimándose al propio tiempo de no haber comprendido el tesoro que ocultaba el corazón de aquella pobre mujer empleada en las más bajas labores domésticas.

¿Quién hubiera predicho en ella á la mujer única? No la sorprendió la llamada lúgubre pero estrepitosa, de la República; el temblor de entusiasmo y muerte que como rayo y nube recorrió los ámbitos de la nación insultada y sorprendida, la hizo á ella erguirse con altivez de diosa que responde al agravio de un miserable. Se arrancó el delantal y salió de la cocina para ir á la guerra, á presentarse como defendían sus hijos á la patria. ¿Cuánta ansiedad la suya cuando la primera descarga anunciaba la llegada de la muerte! ¿Qué horrendo martirio presenciar el cruento choque de los guerreros enemigos! ¿Qué espantoso tormento, recorrer medio loco el campo, triunfadores ó vencidos los patriotas, buscando en el montón y en la charca, á un hijo

muerto!... ¡Cómo se apagaba en su garganta el furioso grito del dolor, al reconocer el cadáver del hijo sacrificado! —“¡Gracias á tí Dios mío, porque me los quitas por la patria!”—diera la mártir apretándose el corazón y alzando los ojos al cielo en señal de dolorosa gratitud.

La muerte fué su constante y siniestra enemiga; jamás le arredró el dolor del temido encuentro y de la última despedida, sobre el lugar conmovido por el estruendo del combate. Así fué despidiéndose de doce de sus hijos; así fue sepultándolos ella misma con piadosa solicitud de madre satisfecha. Cumplió su tarea de duelo y gloria, sin que aquella labor excepcional, que ella por primera vez le enseñaba á la historia y al mundo, la hiciera estremecerse con el temblor de la impotencia ó del miedo. Tenía confianza en sí propia y trabajaba para la gloria, con serenidad y firmeza extraordinariamente majestuosas. Aceptado su deber de patriota, no tuvo un instante de miedo. La cobardía huyó de ella con el rubor de una vergüenza nueva. No llevó el desmayo á su alma la seguridad de que nadie comprendía su heroísmo; ella misma lo encontraba misterioso y no lo comprendía; inútilmente, besando la cruz de cobre de su inseparable camandula, clamaba al cielo demandando explicación de su excelso afán.

Concluida la guerra, alcanzó una gracia que fué la sola recompensa que logró en la tierra: solicitó y obtuvo como favor, que Eusebio, único sobreviviente de sus trece hijos, fuera dado de baja del ejército que ya no le necesitaba, para que la atendiera á ella que estaba achacosa, enferma y destruida.

Hay un decreto expedido por la Legislatura de Sinaloa en Octubre de 1868, que concede á la heroína la pensión de treinta pesos mensuales.....

Después fué objeto de igual desprecio en el Congreso Federal. Se pidió una pensión de \$30, y de no haber sido por el diputado Rivera Palacio, se habría inferido á la Gran mujer esa inexplicable burla nacional. El decreto fué expedido por \$150.

Sin embargo, la Ramírez volvió á sus abandonados quehaceres culinarios, para atender á su subsistencia, porque las pensiones que la dieron en el papel ó en desconocidas manos. Le

faltaba la ingratitud, y también la conquista con su abnegación inaudita. Murió olvidada de todos, menos de la miseria, del hambre, del harapo, en una casucha miserable de un pobre barrio de Mazatlán, después de soportar con resignación de ángel, trece años de indiferencia pública, que deben contarse como de ignominia universal.

Y todavía, como si la encarnizada desgracia la persiguiera al través de la tumba y de la muerte, ha poco tiempo paseaba por las calles de Mazatlán una mendiga casi ciega, anciana andrajosa que iba pidiendo un menudrugo de puerta en puerta, en nombre de *la Agustina* cuyo retrato vivo llevaba en el rostro como un sello de desgracia y gloria. Aquella pordiosera cuya invocación extraña movía á compasión ó á risa, era Guadalupe Ramírez, hermana de la heroína. De boca de ella supe los infinitos martirios y la infinita grandeza de la mujer excelsa. Los refería llorando, con su causada voz acostumbrada á la súplica, y besando un borrado retrato fotográfico de su gloriosa hermana, que siempre llevaba en el seno como un amuleto milagroso.

También esta mujer murió en la más espantosa indigencia, sola, casi desnuda, tirada en la tierra floja de un tugurio.

Esta mendiga me decía, buscándome con las manos, ya que no podía hallarme con los ojos: “Daba miedo la Agustina. Era seria, pero buena; algo orgullosa, era orgullosita; y cuando se enojaba, era capaz de pelearse como un hombre; sus hijos que eran muy valientes, le tenían gran respeto y temor.”

Una vez le pregunté:

—¿Es cierto que su hermana nació en Jalisco?

—No; me respondió con fugaz viveza senil, fuimos varias hermanas, y todas nacimos en Sinaloa.

Me citó el Distrito, uno de los del Norte, y el nombre de las otras hermanas, muertas antes que la heroína; y continuó en su oración de alabanzas, como trastornada por el ejercicio de su extraña adoración por *la Agustina*.

JOSE FERREL

México. 1891.

GENERAL RAMON CORONA



CAPITULO ALFONSO
RUBEN
VIRGILIO